

## Trigésimo Noveno domingo del Tiempo Ordinario C2022

Las lecturas del domingo pasado nos han mostrado la manera en que debemos orar, es decir, con persistencia, paciencia y perseverancia, como Moisés y la viuda. Las lecturas de hoy completan la visión de la semana pasada al insistir en la actitud del que ora.

Primero, hay la certeza de que Dios siempre contesta las oraciones de quienes lo invocan. Él es justo y no tiene favoritos. Sin embargo, aunque justo y sin favoritismo, Dios escucha las suplicas del oprimido, los gritos del huérfano y las quejas de la viuda.

¿Por qué es así? Es así porque la gente que esta pobre, sin recursos ni apoyo humano, es más vulnerable y sincera antes Dios que los que están autosuficientes y orgullosos. En su pobreza y humildad, no les queda más mérito que confiar en Dios que puede perdonarles y salvarles. Por eso, la oración del que se acerca a Dios con humildad y sinceridad, y sin jactarse de sus propios méritos, es más favorable que la del orgulloso.

Por eso, en el Evangelio Jesús contrasta la autosuficiencia del fariseo con la sinceridad del publicano en su oración ante Dios. Seguro que todos hemos experimentado un día u otro el sentimiento de autosatisfacción después de una tarea o un deber bien cumplido.

En algunas personas, el sentimiento de autosatisfacción puede aumentar la conciencia de sus capacidades y contribuir a su autoestima. Sin embargo, en otras personas puede llevarles a la arrogancia y la justicia propia. Incluso pueden pensar que merecen una recompensa de Dios por sus obras; que son mejores que las otras personas que acusan de no tener cualidades comparables a las que poseen. Este es exactamente el ejemplo que tenemos en la oración del fariseo y del publicano.

Como pueden ver, el Evangelio no dice que el fariseo fuera un mal tipo o infiel a sus compromisos religiosos. Al contrario, era muy respetuoso de la Ley; fue una persona modelo y honesto en su vida; pudo ayunar regularmente y dar la dîma sin vacilar. De la misma manera, el Evangelio no dice que el publicano fuera un hombre santo o un caballero piadoso.

Pero, ¿cómo es que la oración del primero no es aceptada mientras que la del segundo es recibida por Dios? Aquí yace el punto de la parábola. No hay duda de que a los ojos de sus conciudadanos, el fariseo era un hombre justo y el publicano un torcido. El problema, sin embargo, es que a pesar de su integridad moral; el fariseo se equivocó ante Dios. ¿Qué es eso?

El fariseo fue al templo con la lista de todas sus buenas obras con la convicción de que éstas le merecerían justificación. Es como si quisiera decirle a Dios que mire todo lo que ha hecho y que le dé un premio. Pero en realidad, ¿qué podemos presentar a Dios como buenas obras para ganar un premio? Todas nuestras buenas obras juntas no pueden tener ningún derecho a la salvación, porque la salvación es un don gratuito de Dios traído a nosotros a través de la encarnación, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Este episodio nos desafía ahora mismo como hemos llegado a esta Misa. ¿Cómo se presenta ahorita mismo ante Dios?

Cualquiera que realice una buena obra no puede jactarse ante Dios; solo puede estar agradecido al Señor por haberlo ayudado a permanecer fiel y en el camino correcto. Más somos conscientes de las gracias de Dios en nuestras vidas, más no podemos que ser humildes y modestos y en deuda con Dios por lo que hace por nosotros a pesar de nuestra indignidad y pecaminosidad.

El publicano fue justificado, no por sus obras, sino por la confesión de sus pecados ante Dios. Sabía toda la verdad sobre sí mismo y en nombre de esta verdad sólo podía arrodillarse, golpearse el pecho y pedir perdón. No poseyendo nada que reclamar, se presentó ante Dios con las manos vacías. Era consciente de que sólo podía ofrecer su quebrantamiento y pecaminosidad. Y su oración fue aceptada.

Todo esto nos ayuda a comprender cómo tenemos que presentarnos ante Dios en nuestras oraciones, no con méritos propios, sino con humildad y entrega a la misericordia de Dios. Es la oración de los humildes que traspasa las nubes. Nadie que sea orgulloso puede orar correctamente. La puerta del cielo es tan baja que para entrar tenemos que arrodillarnos. Nadie que desprecia a los demás puede realmente orar en el espíritu de Jesús.

Si somos sinceros con nosotros mismos, sólo podemos darnos cuenta de que todos somos pecadores como cualquier otro, y para esto necesitamos la misericordia de Dios sobre nosotros. La verdadera oración consiste en poner nuestra vida al lado de la vida de Jesús. Cuando hacemos así, sólo podemos darnos cuenta de que somos pecadores. Convencidos de tal certeza, no podemos más que golpearnos el pecho y pedir perdón ante Dios.

Al elogiar sus propias obras en su oración, el fariseo considera a Dios como un contador, un dador de premios. Tal manera de basar la religión en los méritos tiene un solo resultado, es decir, separar a las personas entre sí, haciendo una distinción entre los buenos y los malos, y despreciando a los demás. Por eso el fariseo dijo en su oración que no era como el publicano y, por eso, se separó de él. Si Dios nos mantiene a ambos juntos, buenos y malos, ¿por qué construimos un muro entre nosotros? ¿Por qué despreciaremos a los que no son como nosotros?

Cuando la parábola termina con las palabras: “El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”, consagra la verdad de que sólo cuando nos presentamos ante Dios con las manos vacías, como un pobre, que él puede llenarnos con sus dones. De la misma manera que sólo cuando un vaso está vacío puede llenarse de agua, así Dios nos colma de sus gracias cuando nos presentamos ante él con las manos vacías. Cada vez que olvidamos esta verdad, corremos el riesgo de comportarnos como el fariseo que se jactaba de sus méritos y despreciaba al publicano.

En este día de la Misión Universal de la Iglesia, oremos por que los predicadores de la palabra de Dios se llenen del Espíritu Santo a fin de que se hagan humildes y sinceros ante Dios y sus semejantes. ¡Dios los bendiga!

**Eclesiástico 35: 15-17, 20-22; 2 Timoteo 4: 6-8, 16-18: 2; Lucas 18: 9-14**



Fecha de la Homilía: el 23 de Octubre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20221023homilia.pdf